

sin cesar, y todos se vuelven despues de apagar la sed: cuando el ganado menudo va desapareciendo, precipítanse los bueyes á su vez; solo se ve entonces una como sábana de color pardo, agitada como las olas del mar y que forma todo un bosque de puntas, entre las cuales desaparecen los hombres. No es posible calcular, ni aun aproximadamente, el número de aquellos animales; pero no creo incurrir en exageracion al evaluarle en 60,000 cabezas diarias, figurando los bueyes por 40,000. Todo el espacio que ocupan parece un inmenso establo que no se hubiera limpiado en muchos meses; á pesar de los ardientes rayos del sol, el suelo está cubierto de una capa de inmundicias de cerca de medio metro de espesor; solo los abrevaderos se conservan muy limpios. Por la tarde desaparecen los últimos animales, y comienzan los encargados á sacar el agua para el día siguiente. En ciertos días llegan tambien manadas de 500 á 1,000 camellos que apagan ansiosos su sed y vuelven á marcharse.

Los notables del Sudan oriental, encargados de cobrar los impuestos entre aquellos nómadas, me han asegurado que no es posible evaluar su riqueza ni aun aproximadamente. Cuando Mehemet-Ali resolvió remediar la escasez de bueyes que habia en Egipto, ordenando las exportaciones del Sudan, los gobernadores obtuvieron de los habitantes de este país en poco tiempo, no solo centenares de miles, sino hasta millones de bueyes. Una epizootia arrebató en Egipto gran número de estos animales; y por otra parte, hizo un considerable consumo el ejército que el bajá lanzó contra la Puerta; pero todas estas pérdidas se cubrieron rápidamente con las importaciones del Sudan, hasta el punto que bien pronto aparecieron los bueyes con tal abundancia, que fué necesario dar contraórden para que no se enviaran mas. Si se tiene en cuenta cuantos miles de individuos sucumbieron en un camino de quinientas leguas, que atraviesa parte del desierto y países estériles, se podrá formar una idea del número de bueyes exportados de las dos provincias de Sennaar y del Kordofahn. Aun hoy día es fácil reconocer el camino que siguieron aquellos animales, pues infinidad de esqueletos lo indican en toda su extension, de tal manera que no es fácil perderse. Al contemplar aquellos ganados, tan inmensos á pesar de los considerables impuestos que pagaban sus propietarios, pensé en lo que habrían sido algunos años antes, cuando no se pagaba derecho alguno.

Los dinkas poseen tambien numerosos rebaños, los cuales cuidan con la misma solicitud que los árabes; los conducen á los pastos y de noche los encierran en sus apriscos al aire libre, á los que dan el nombre de *murach*. Para construir su aprisco, dice Heuglin, el negro elige en lo posible un sitio seco y elevado, el cual es muy difícil de encontrar en las márgenes del Nilo Blanco. Rodéase este sitio con una empalizada, y despues que á eso del anochecer han sido apriscados los animales, se cierra la entrada del aprisco con troncos de árboles y espinos. Durante el día se recoge cuidadosamente el estiércol de los bueyes, el cual se pone á secar al sol y se distribuye despues en montones, todos iguales, en el interior del redil, de modo que tienen siempre hecho de él grande acopio. Cuando está ya todo el rebaño encerrado en el aprisco, se pega fuego á los citados montones de estiércol, y pronto se levanta sobre el *murach* una densa nube de humo, con la que se logra alejar el sinnúmero de moscas que pululan en aquellos sitios, y proporcionar así al rebaño, que dicho sea de paso, produce ya de suyo muy poca leche, el sosiego que necesita durante la noche. Esta singular fumigacion dura desde el anochecer hasta el amanecer, y los animales parecen encontrarse muy bien con ella. La ceniza resultante de la combustion del estiércol se recoge y amontona durante el día; espárcese luego á la entrada de la noche por toda la superfi-

cie del *murach* y sirve así de almohada para acostarse como de preservativo contra las moscas. Resulta de lo expuesto que los bueyes mismos proveen á los dinkas de los elementos indispensables para la fumigacion y el descanso; va acumulándose de día en día mayor cantidad de ceniza, de modo que tanto los bueyes, como sus dueños, hallan en esta una verdadera y blanda cama. Guárdanse tambien muchas precauciones cuando se quiere llevar el rebaño á los pastos, lo cual no tiene nunca lugar hasta despues de ordeñadas las vacas y cuando ya se ha completamente evaporado el rocío caído durante la noche. Schweinfurth describe el *murach* del mismo modo que Heuglin, y nota que cada uno de estos apriscos contiene de 2,000 á 3,000 bueyes, en términos que por cada negro de esta tribu corresponden al menos tres de ellos; esto no obstante, hay entre los dinkas, como en todas partes, pobres y necesitados.

En las montañas del Habesch los bueyes sirven como animales de tiro y de carga; en el Sudan y Kordofahn se les cria principalmente para utilizar su leche con la cual preparan manteca. Los dinkas hacen de estos animales un objeto de ostentacion. «Se comprende perfectamente, dice Schweinfurth, que el dueño de un rebaño se goce en mantener á este en un estado próspero y floreciente; pero se hace, á la verdad, incomprendible la costumbre observada entre los dinkas de castrar á los toros con el solo objeto de ver como engordan, siendo así que nunca han de gustar ni de su carne ni de su grasa. Siempre que dirigia á un dinka esta pregunta: «¿De qué os sirven á vosotros los bueyes y para qué los criáis?» se me respondia: «Lo hacemos á fin de que se pongan gordos y presenten un aspecto vistoso.» A eso se reduce el orgullo y satisfaccion que experimentan estas pobres gentes con la cria de los bueyes.»

En el sur de la Rusia, en Tartaria y acaso en una gran parte del Asia central, existen tambien inmensas manadas de bueyes. Todas las estepas rusas están cubiertas de rebaños de carneros, caballos y bueyes: en verano viven continuamente estos animales al aire libre, y en invierno encuentran un refugio contra la tormenta detrás de unas pequeñas paredes de tierra; si sobre estas se forma un miserable tejado, se convierte el todo en un establo excelente.

En estas manadas siempre predominan los bueyes, merced á sus preferentes cualidades, pues sobre venderse mejor, no sucumben tan fácilmente como los carneros y caballos en las grandes tormentas de nieve; nunca se aturden, y si la tempestad es muy violenta, entran siempre directamente en su establo.

En la mayor parte de las localidades están libres los rebaños: los pastores no se hallan allí sino para evitar que se alejen mucho, y separar á los terneros de las vacas cuando tienen cierta talla. Estos animales son duros para la fatiga, insensibles al mal tiempo, y notablemente sobrios, pues se contentan con el alimento mas malo.

Los de los kirguises y kalmucos hacen una vida nómada y se ocupan en transportar fardos. En verano presentan las estepas por todas partes pastos muy ricos; y en invierno se buscan los sitios donde abundan las cañas y hojas secas, único alimento que pueden encontrar los animales.

En las estepas del sur de Rusia se da de beber á los bueyes por la mañana, se les deja libres despues y vuelven ellos solos por la tarde, hora en que las madres se reúnen con los terneros, de los que se habían separado por la mañana. En invierno se alimentan en casa las vacas de leche y los terneros, y tambien los bueyes cuando cubre la tierra una espesa capa de nieve. Los individuos jóvenes que han crecido en libertad en medio de las estepas, son salvajes, desobedientes y perezosos; es necesario un cir ocho ó diez á un arado si se desea obtener algun resultado.

Para acostumbrarlos al yugo se encierran dos en un patio, se les arroja un nudo corredizo al rededor de los cuernos y se les ata despues á un poste uno junto á otro, poniéndoles luego el arado. Cuando este se ha fijado sólidamente, se deja á los bueyes libres en la estepa. Todos sus esfuerzos para soltarse son inútiles; acaban por acostumbrarse al yugo, y se encariñan tanto entre sí, segun Schlatter, que aun viviendo en libertad con el resto de la manada, siempre permanecen juntos y se prestan auxilios en todos los casos.

Tambien se usa un procedimiento particular para adiestrarlos en el tiro. Algunos días despues de haber puesto á los toros jóvenes bajo el arado, se les engancha á un vehículo; colócase un tártaro en el pescante con un gran látigo en la mano y los dirige por las estepas, donde los deja correr libres y por donde se les antoja. A las pocas horas de una carrera furibunda, quedan domados los toros y se dejan ya conducir fácilmente.

Sucedía en otro tiempo, lo mismo que en la actualidad, que los bueyes de Hungría, como los de las estepas rusas, debían alimentarse por sí mismos, pues nadie los cuidaba ni guardaba. Muchos de ellos son tan salvajes, que ningun hombre se les puede acercar; los terneros maman mientras lo necesitan, y hasta los dos años no les separan los pastores de sus madres, operacion difícil y peligrosa; pues las vacas arremeten furiosas contra el pastor y le hieren á menudo gravemente, si no le matan. La cria de los bueyes, aunque menos considerable que la del carnero, que da mayores beneficios, se practica aun en Hungría en gran escala.

Lo mismo sucede con los bueyes de Valaquia, Servia, Bosnia, Bulgaria y Estiria.

En Italia se encuentran tambien bueyes en estado medio salvaje: en las Marismas, llanuras pantanosas, insalubres y poco pobladas que se extienden con interrupcion desde Génova á Gaeta, viven numerosos rebaños de bueyes que pacen todo el año al aire libre, y de los cuales cuidan personas de la mas ínfima clase.

El buey doméstico goza de un trato enteramente distinto en las comarcas de la Europa central, especialmente en los Alpes, sin embargo de que no está aun en esta parte cuidado con el esmero que fuera de desear. Segun datos de Tschudi, la Suiza mantiene actualmente unas 85,000 cabezas de ganado vacuno, y se observa que el número de las reses aumenta considerablemente en las comarcas donde las montañas tienen poca elevacion y no se llevan los rebaños á los Alpes, al paso que va disminuyendo en las cimas de estos.

«Nada agradable tenemos que decir respecto á la situacion de los rebaños que pasan el verano en los Alpes, dice Tschudi. Por lo regular es el establo muy malo, y algunas veces no existe; las vacas recorren su dominio á voluntad la yerba aromática, que no es muy alta ni abundante. Si en la primavera ó en el otoño estalla repentinamente una tormenta de nieve, reúnen los animales mugiendo ante la cabaña que les ofrece un abrigo, apenas suficiente, y donde no suele tener el pastor un haz de heno para darles de comer. Cuando la lluvia se prolonga varios días, penetran en los bosques ó se ocultan debajo de las rocas, perdiendo así una buena parte de su leche. Las hembras que se hallan próximas á parir no reciben con frecuencia ningun auxilio humano, y sucede á veces que llevan por la tarde á la cabaña un recién nacido, con gran asombro del pastor.

»Y sin embargo, la estacion del año que pasan en los Alpes es un tiempo magnífico y precioso para nuestros ganados. Si comienza á sonar inopinadamente en un magnífico día de primavera la gran campanilla de viaje que se suspende al cuello de la mas hermosa vaca del pueblo, y que se oye á una larga distancia, la sensacion es general en todo el re-

baño, y se produce un movimiento muy marcado. Reúnense las vacas, mugiendo y saltando alegremente, y parecen esperar la señal de la partida. Cuando llega el momento y se ata en un cuerno del mas hermoso animal una cinta de la que pende la conocida campanilla, colocando despues entre las dos astas el adorno obligado, consistente en un ramo de flores; cuando se carga el caballo con la caldera del queso y las provisiones, y entonan los pastores sus cantares, es curioso ver con qué alegría y apresuramiento se forman las vacas en órden y se dirigen en fila hácia el sendero de las montañas. Sucede con frecuencia que las vacas que se dejan aisladas en el valle expresamente, emprenden solas y por su cuenta y riesgo, el largo viaje para ir á reunirse con sus compañeras. Y en efecto, cuando el tiempo es bueno, nada es tan agradable para estos animales como permanecer en los grandes pastos, donde encuentran el alimento mas aromático y delicado; el sol no los quema como en el valle, ni turban su sueño de medio día los enojosos insectos. El aire puro y picante es muy preferible á los cálidos vapores del establo; el movimiento, la libertad de comer á todas horas y de poder elegir la yerba preferida, y los saltos y retozos con sus compañeras, son otras tantas circunstancias que contribuyen á comunicar mas vigor y vida á la vaca de las montañas. El alimento del establo, tan excelente por otros conceptos, le ocasiona con frecuencia enfermedades, completamente desconocidas cuando respira el aire libre de las alturas.

»Se piensa y con razon que el ganado de las elevadas montañas es mas inteligente y mas vivaz que el del llano; pues la vida natural que allí disfruta es mucho mas favorable para el desarrollo de su instinto.

»El animal, que debe atender casi del todo á su conservacion, adquiere mas perspicacia, prevision y memoria. La vaca de los Alpes conoce todas las breñas, todas las charcas de su domicilio: sabe dónde encontrará la mejor yerba; recuerda la hora en que debe volver á la cabaña para que la ordeñen; reconoce la voz del pastor que la llama y sabe distinguir la hora de recibir su sal y la de ir al abrevadero ó al establo. Presente tambien las tempestades, conoce perfectamente las plantas que no le convienen, dirige y protege á su ternero y evita con cuidado los sitios peligrosos. No siempre procede con tacto en este último punto: el hambre la impele á menudo á pisar un terreno resbaladizo, y al inclinar la cabeza para coger la yerba que desea, le falta el pié y cae hácia el abismo. En este caso, y cuando reconoce el riesgo, se echa, apoyada sobre el vientre, y resignase filosóficamente á su desgracia; unas veces llega hasta el fondo de la temible sima, y otras encuentra alguna raíz de árbol que la contiene hasta que llega el pastor y la saca de tan apurada situacion. En las montañas sobre todo, es donde se desarrolla en nuestros ganados el sentimiento de *amor propio*, del que está poseído el individuo mas fuerte, el cual mantiene una severa disciplina, conocida y respetada de todos los demás. Así, pues, el derecho de llevar la gran campanilla de viaje no corresponde solo á la mas hermosa vaca, sino á la mas fuerte, y en cada peregrinacion se pone orgullosamente á la cabeza de la línea, sin permitir que ninguna se le adelante. Despues de ella van las vacas mas fuertes, que forman una especie de estado mayor, y cuando ingresa en el pasto alguna nueva, debe luchar con cada una de las demás para que se la señale el puesto que debe ocupar entre ellas. Cuando las fuerzas son iguales, la pelea es tan larga como tenaz, y pasan horas enteras sin que ninguno de los dos animales quiera ceder el campo. En virtud de sus privilegios, encárgase tambien la primera vaca de conducir el rebaño al pasto y por la tarde á la cabaña, y se ha observado, que si la privan de sus funciones para conferirselas á otra, se deja dominar por



una melancolía incurable casi, y hasta puede enfermar gravemente.

»En cada gran rebaño de los Alpes hay un toro llamado *muni* (en los Grisones lleva la campanilla), que hace las veces de jefe del pasto y es un verdadero *pater patria*, el cual mantiene sus derechos y privilegios con la impaciencia y el despotismo de un sultan. Ni aun el pastor se atreve á llevarse una vaca delante de él. En los lugares frecuentados no se permite tener mas que animales mansos y pacíficos; pero en los altos Alpes hay algunas veces toros muy malignos y peligrosos. Allí se les ve, con su cuerpo vigoroso y recogido y su ancha cabeza, interceptando el paso al viajero y midiéndole con amenazadora y recelosa mirada. Si se lleva un per-

ro, el toro guía le divisa desde lejos, y acércase con lento paso lanzando un sordo mugido; mira al hombre con desconfianza, y por poco que tenga algun objeto que desagrade al animal, como por ejemplo un pañuelo encarnado ó un palo, precipitase contra el supuesto enemigo con la cabeza baja y la cola al aire, escarbando á intervalos la tierra con sus cuernos. En semejante caso, no debe tardar el viajero en refugiarse detrás de un árbol, un muro ó una choza, si se tiene la suerte de encontrar alguna, pues el animal irritado persigue obstinadamente á su enemigo, y acechará durante horas enteras el sitio donde le supone oculto. Locura fuera querer defenderse, pues los palos no sirven de nada y el toro se deja despedazar antes que ceder.

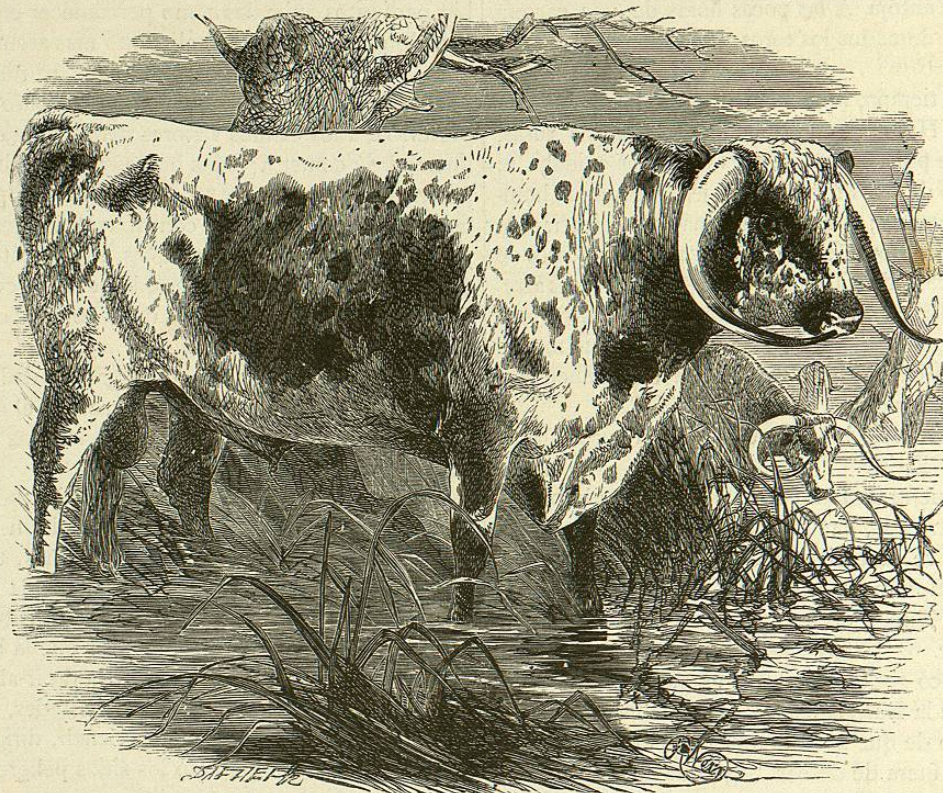


Fig. 282. — EL BUEY DE LANCASTER

»El día mas solemne de todo el año es indudablemente aquel en que se abandona la montaña; la marcha se verifica por lo regular en el mes de mayo, y forma época en la vida de nuestros pastores. Cada uno de los rebaños que ganan las alturas se distinguen por un sonido particular: las mas hermosas vacas, segun hemos dicho ya, llevan enormes campanillas llamadas en el pais *trichle*, que tienen á veces mas de un pié de diámetro y cuestan de 80 á 100 francos. Tres ó cuatro de ellas, que tengan sonidos diferentes, constituyen una verdadera armonía, que acompaña al ganado á través de los pueblos y montañas; los sonidos de las campanillas pequeñas se mezclan con los otros mas graves y sonoros, y producen un conjunto agradable.

»La vuelta al valle se verifica del mismo modo que el viaje de primavera; pero es mucho menos alegre y animada; es la señal de la separacion del ganado, que se desbanda y va disminuyendo por el camino á medida que los propietarios toman posesion de los animales que les pertenecen. En la alta Engadina se introducen en los establos subterráneos, que les preservan de los frios de un invierno de siete meses, y muchos bajan hácia la Lombardia.»

Esta es una vida poética para los bueyes, si tal puede decirse: en los demás países no es su suerte tan feliz.

Solo durante el verano disfrutan estos bueyes de mas ó menos libertad en las montañas de Alemania y los países del norte.

Los rebaños del bosque de Turingia se asemejan á los de los Alpes: en cada selva de cierta extension de aquella magnífica cadena se encuentran estos bueyes. Las principales reses llevan sus campanillas armónicas, que son el orgullo del pastor, y cada año recorren los pueblos durante la primavera ciertos hombres que hacen el oficio de *afinadores* y se encargan de arreglar todas las campanillas. En cada rebaño las llevan ocho individuos lo menos; todas ellas tienen un sonido distinto y se designan con un nombre especial. Se ha observado que los bueyes conocen perfectamente las de su rebaño, y se guían por el sonido para encontrarle cuando se extravían. Todos estos animales pacen al aire libre en verano y no entran en los establos hasta fin del otoño.

En los Alpes escandinavos vive el buey bajo las mismas condiciones que en Suiza, y acaso sea su suerte preferible en el sur de Noruega. El buey de este país es dormilon, como todos los animales domésticos que allí viven; está libre todo el día, pero por la tarde vuelve siempre á su abrigado establo. La vida en las alturas ofrece en aquel país para el hombre y los animales los mismos atractivos que en los Alpes de

Suiza; mas no todas las vacas son cuidadas afectuosamente por lindas pastoras. En los bosques, por ejemplo, se deja al ganado andar libremente; sucede con frecuencia que se extravía una res, por haberse quedado en medio de los pantanos; y cuando no perece, solo despues de sufrir mil fatigas consigue al fin reunirse con sus compañeras, extenuada, flaca y medio muerta de hambre.

Tambien las moscas molestan mucho á estos animales y obligan á los dueños de los mismos á recurrir á iguales medios que los dinkas para librarles de esta plaga; en los pastos de las regiones septentrionales de Noruega se encienden,

pues, todas las noches grandes cantidades de turba, y así se consigue alejar á los importunos insectos y procurar al rebaño el necesario reposo.

Mas hácia el norte es el invierno un tiempo desgraciado para los bueyes: el corto verano de este país no produce suficiente forraje, y por lo tanto es preciso valerse de un alimento singular. Allí no se mantiene solo á estos animales con paja, heno, hojas, ramaje, líquenes, estiércol de caballo, plantas marinas y algas, sino tambien con peces, y principalmente con cabezas de bacalao. Se ponen estas en unas calderas con tallos de pinabeto y musgo, hasta que los huesos

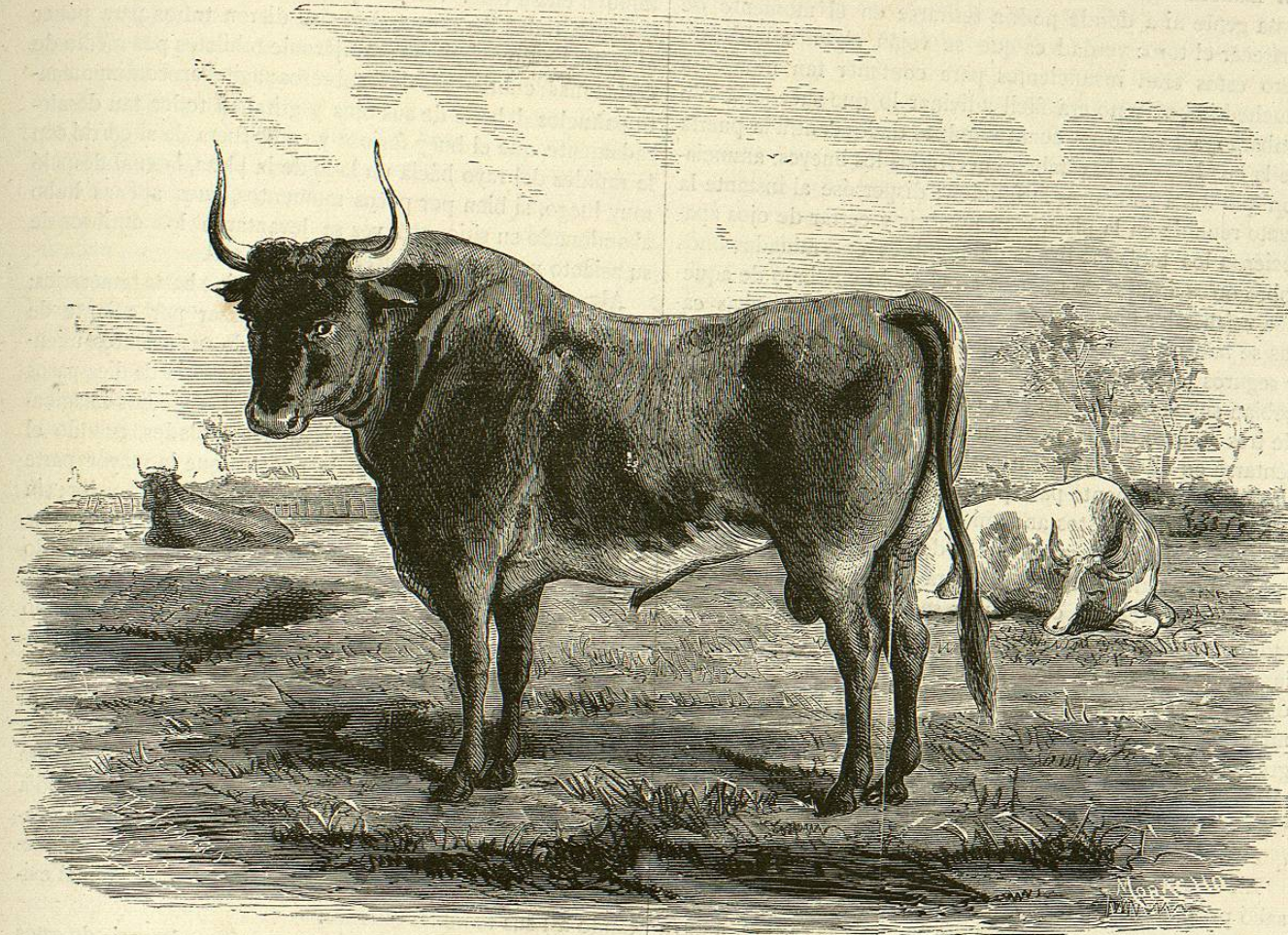


Fig. 283. — EL TORO DE ESPAÑA

se ablandan ó trasforman en gelatina, y se da este caldo á las vacas, que lo comen con avidez. Los habitantes de las Lofoden me han asegurado que era necesario poner fuera del alcance de los bueyes los zarzos donde se secan los bacalaos, pues de lo contrario, se comerian los peces como los encontrasen.

En casi todos los demás puntos de Europa son los bueyes miserables esclavos del hombre; pero no puede, á la verdad, decirse lo mismo de los toros que se crían en España. En esta parte de Europa, los animales últimamente citados gozan de la misma consideración que el zebú de las Indias; pueden llegar á ser los héroes de una tarde y constituyen en ciertos casos para los españoles el objeto de su mas vivo interés. Los hijos de este país están dotados de un golpe de vista especial para distinguir las buenas cualidades de un toro; lo examinan y estiman del mismo modo que las personas inteligentes en Alemania á un buen caballo ó á un perro de excelentes condiciones: ningun español pasa con indiferencia delante de un dócil buey de tiro, y su corazón se

siente dulcemente conmovido á la vista de un ternero que prometa valer mucho. Este interés de los españoles para con el animal se funda en que, tanto los que viven en la madre patria, como los que habitan en el Nuevo Mundo, son amigos verdaderamente apasionados de los espectáculos á que eran tan aficionados los romanos y que repugnan naturalmente á todo pueblo morigerado y culto, y en que observan á los toros tan solo con el objeto de saber si pueden ó no valer para una corrida ó lidia.

Las corridas de bueyes y vacas son espectáculos que sirven de grato solaz durante una tarde de domingo, y en ellas toma parte muy activa la muchedumbre; en las corridas de toros ó lidias tan solo toman parte hombres prácticos en el oficio, conocidos con el nombre de toreros, á no ser que algunos jóvenes desocupados de la clase noble, para dar una especial muestra de su cultura y finas costumbres, quieran encargarse del papel de estos.

Las corridas tienen lugar en las plazas mayores de las poblaciones: ciérranse al efecto con tablas de bastante resis-